

ELEMENTOS TEÓRICOS Y ANTECEDENTES DE LA IZQUIERDA ORGANIZADA CANADIENSE

Un correcto análisis del fenómeno de la izquierda¹ partidista en Canadá requiere entender el complejo espacio en el que se ha gestado, pues superar los obstáculos sistémicos, e incluso psicológicos, que enfrenta ha requerido de una capacidad de adaptación e inventiva sobresalientes de parte de sus fundadores y líderes a lo largo del siglo xx, que a su vez han influido en sus dirigentes del siglo xxi y la forma en que han sido elegidos por sus bases.

Uno de los elementos por considerar son las dificultades para colocarse como una opción electoral viable, porque el sistema político canadiense se sostiene en tradiciones que datan de los primeros bosquejos del parlamentarismo inglés, del siglo xiii, el cual ha ido evolucionando hacia un complejo procedimiento arraigado en los usos y costumbres contemplados en el *common law* (derecho anglosajón)² y el derecho consuetudinario.³

Al provenir de un aparato jurídico y político monárquico que buscaba la administración y gobernabilidad de un territorio desde una cúpula aristocrática, este esquema se construyó pensando en las personas como súbditos de un reino. Para alcanzar sus objetivos, a mediados del siglo xiv la estructura parlamentaria medieval extendió su representación en dos cámaras para que

¹ Según la Enciclopedia Británica (s. a. a), el concepto “izquierda” se asocia con una posición política que busca el igualitarismo y un mayor control popular de las instituciones del Estado, por lo que sus representantes suelen ser contrarios a los intereses de las élites tradicionales y favorecer los de la clase trabajadora; por tanto, el bienestar social es central en sus objetivos. En ese sentido, el comunismo sería su expresión más radical; sin embargo, actualmente y en el caso de Canadá, la socialdemocracia sería la vertiente que lucha contra las desigualdades sociales desde las instituciones de la democracia liberal, aceptando la economía de mercado.

² El *common law* es un conjunto de normas jurídicas proveniente de prácticas medievales, según el cual las decisiones adoptadas por los tribunales en el pasado sirven de guía para dictar sentencia en casos similares del presente.

³ El derecho consuetudinario es un conjunto de reglas de origen inglés y británico que se van consolidando y reproduciendo con base en los usos y costumbres, aun cuando no hayan sido fijadas por escrito. Este esquema prevalece en los países con antecedentes coloniales anglosajones.

la burguesía y la aristocracia consolidaran su posición como ejes rectores de la vida pública, siempre bajo el mando casi sagrado de un monarca elegido por Dios para gobernar y dirigir a sus súbditos.⁴

Así, la Corona inglesa prosperó al amparo de un sistema regulado por las elites —aristócratas, nobles, obispos y burgueses— donde el común denominador fue la concentración de poder entre grupos afines que crearon reglas firmes con las cuales la disidencia quedaba excluida. Para el siglo XVII, el alcance de la Cámara de los Comunes fue extendiéndose cada vez más al regular las rentas del soberano, sometiéndolo así a la voluntad del Parlamento en turno. En el siglo XIX esta dinámica llevó a que los miembros de esta cámara se aglutinaran en torno a organizaciones partidistas, de manera particular conservadores o *tories* —más cercanos al monarca y su corte— y *whigs* o liberales, más incluyentes en lo tocante a derechos ciudadanos y más atentos a los temas sociales. Estos dos grupos tomaron el control del Parlamento en su Cámara baja, después de que excluyeron a la Cámara de los Lores de la toma de decisiones, precisamente porque ésta mantenía lealtad al monarca.⁵

Durante estos siglos, la tendencia excluyente del parlamentarismo anglosajón fue transmitiéndose a las colonias y dominios de ultramar (Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica y los territorios de las trece colonias en Estados Unidos), en donde sus respectivas elites reprodujeron las dinámicas de control sobre la población, con instituciones probadas a través de los siglos en la madre patria. De esta manera, los hombres con mayor influencia económica y social fueron tomando el mando político en las colonias.⁶

La labor colonizadora inglesa —y británica desde inicios del siglo XVIII— fue depositando en los hombres más ricos e influyentes la dirección de las colonias y la responsabilidad de generar progreso con los parámetros desarrollados en la metrópoli. Así, en mayo de 1619, en Jamestown, Virginia, se

⁴ Para una revisión más amplia del parlamentarismo británico, véase Santín (2018).

⁵ Esta división entre liberales y conservadores en el Parlamento británico se mantuvo hasta la segunda década del siglo XX, cuando los laboristas desplazaron al Partido Liberal, convirtiéndose en los principales antagonistas del Conservador, y así se han mantenido, pues, desde su primera aparición en la arena electoral británica en 1922, el Laborista ha tenido ocho primeros ministros y el Conservador, catorce, con lo cual han monopolizado el poder en el palacio de Westminster, pese a existir numerosos partidos políticos. Para mayor información, véase Parlamento del Reino Unido (2021).

⁶ Es conveniente señalar que el reino de la Gran Bretaña (que incluía a Gales) surgió tras la unificación de los parlamentos escocés e inglés en mayo de 1707. A partir de ese momento, la cruz inglesa de san Jorge se fundió con la escocesa de san Andrés para crear la actual insignia británica.

creó la primera asamblea legislativa según el modelo parlamentario inglés. En este primer ejercicio democrático se eligió a veintidós representantes de once asentamientos de Virginia, pero sólo a los varones blancos con una cantidad determinada de propiedades se les permitía votar y ser votados. Para 1643 esta asamblea cambió su nombre por el de Cámara de los Burgueses o de los Ciudadanos (House of Burgesses), donde se creaban leyes y emitían dictámenes judiciales.⁷ A principios del siglo XVIII fue trasladada a Williamsburg, al convertirse en la capital de Virginia.

En el resto de las colonias inglesas, estos ejercicios democrático-representativos encabezados por la burguesía local fueron reproduciéndose. La Asamblea local más antigua que sigue en funciones es la ubicada en Halifax, Nueva Escocia, instituida en octubre de 1758; luego vinieron la de la Isla del Príncipe Eduardo, en 1773; la de Nuevo Brunswick, en 1785, y las de Ontario y Quebec, en 1791.⁸

Fuera del continente americano, otras colonias británicas instalarían sus propias asambleas: Australia, en 1843; Nueva Zelanda, en 1854, y Sudáfrica, en 1873. Todas tenían el común denominador de ser controladas por hombres blancos burgueses, quienes invertían una mayor cantidad de recursos económicos en los nuevos asentamientos, arrogándose así el derecho de representarlos frente a la Corona, amparados en el argumento de haber sido electos por otros hombres con los que compartían intereses, inversiones y ganancias.

Dicha práctica plutocrática de origen medieval fue haciéndose más eficiente conforme los grupos sociales hegemónicos extendían su poder e influencia en detrimento del derecho divino del monarca. Estas elites anglosajonas gradualmente tomaron el control de la producción y la riqueza de sus territorios, así como de los medios de comunicación, difundiendo su visión de grupo como elemento cohesionador en el imaginario colectivo.

Tal fenómeno evolutivo de las sociedades anglosajonas capitalistas desarrolladas atrajo el interés de filósofos, sociólogos y politólogos —desde finales del siglo XIX y hasta los años setenta del siglo XX—, que centraron sus investigaciones en entender quiénes, cómo y para qué ejercían el poder. Los teóricos italianos Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels⁹

⁷ Para mayor información sobre la primera asamblea de América, véase la *Enciclopedia Británica* (s. a. b).

⁸ Véase la *Enciclopedia Canadiense* para profundizar en este tema (2015).

⁹ Si bien nació en Alemania, fue en Italia en donde Michels se dio a conocer como académico y militante; por ello se lo considera parte de la escuela de pensamiento italiana.

son los más reconocidos, y en sus trabajos abordaron el papel de las elites en la crisis de las democracias occidentales, tras el advenimiento del socialismo y el fascismo en la primera mitad del siglo xx en Europa. Robert Michels orientó en mayor medida sus esfuerzos a analizar los partidos políticos como el instrumento de dichas elites para mantenerse en el poder, hecho que lo separó de la filiación ideológica de sus contemporáneos por Benito Mussolini y el fascismo italiano; sin embargo, al final de sus días se adhirió a este movimiento, luego de haber sido socialista.

Su trabajo se centró en la manera en que los sectores dominantes ejercen el poder y su influencia sobre el resto de la sociedad. Afirmaba que los partidos de las elites debían su existencia a las masas que representaban, de las cuales se nutrían para legitimarse en el poder, aunque de hecho negaran su capacidad de organizarse. Sostenía que el sistema parlamentario no necesitaba de una mayoría para asumir el mando de la vida política del Estado, asegurando así la posición de las elites, incluyendo la aristocracia; no obstante, aquéllas necesitaban que la opinión pública las favoreciera, por lo que los ejercicios democráticos y la representación parlamentaria eran asuntos no sólo de sobrevivencia, sino de legitimidad y dominio.

Así, debido a los grandes recursos de que disponen estos sectores privilegiados, los partidos emergentes de clase media y campesina encontrarían un sinnúmero de obstáculos para ganar asientos parlamentarios, aunque apelaran a los miembros de su propia clase, con quienes compartían intereses económicos, políticos y culturales. En su lugar, los candidatos de los partidos hegemónicos y de las elites descenderían a la arena electoral para convencer a los votantes de que tenían intereses comunes, amparados en un tipo de sufragio de alcance restringido, pues el universal arriesgaría sus tradicionales privilegios (Michels, 1979: 51). Este tipo de sistema electoral se creó en Gran Bretaña y, fuera del lugar de origen, Canadá es la única democracia parlamentaria anglosajona moderna en llevarlo a cabo en su totalidad.¹⁰

Para Michels era muy importante el componente psicológico de esta estructura de poder, pues sus ideales sólo eran compartidos por un selecto grupo; incluso afirmaba que los conservadores no podían conquistar sus objetivos con la ayuda de una pequeña tropa, sino que debían convencer a las masas y gobernar con ellas. Por su parte, los liberales trataban de ganarse el apoyo

¹⁰ Más adelante se describirá este sistema electoral canadiense conocido como *first past the post*.

de ciertos sectores bien definidos y con determinado nivel de instrucción, pero incapaces aún de poseer privilegios políticos de poder, asegurando así la simpatía de grupos sociales en ascenso, cultos y pudientes identificados con la clase media (Michels, 1979: 52).

Una vez instituido y reproducido el basamento vertical favorable a las elites, la emergencia de los partidos en el siglo XIX transformó la vida política de las sociedades, pues en el sistema parlamentario anglosajón, la pertenencia a algún gremio partidista otorgó a un diputado su acceso a un proyecto nacional representado en el Parlamento, y ya no a un mecenas con intereses particulares; sin embargo, según Michels la imagen democrática de los partidos oculta una tendencia hacia una oligarquía que, en todo caso, es el destino de toda organización partidista. Este teórico insistió en que debía considerarse seriamente el estudio de las tendencias oligárquicas en los partidos políticos, sobre todo si éstos habían nacido sin oposición; empero, agregaba que los organismos emergentes del siglo XX también mostraban cierta propensión oligárquica en sus cúpulas, lo cual, a su juicio, revelaba que dicha tendencia era natural en toda manifestación humana (Michels, 1979: 55-56).

En realidad, lo que intentó demostrar, con éxito en diversas ocasiones, fue que la sociedad en su organización separaba a las elites del resto de la población, y que aquéllas, en caso de tomar el poder, constituirían el mejor gobierno posible sobre todo si se apoyaban en organizaciones partidistas legítimas, fundadoras de sus propios sistemas políticos, erigidos en procesos democráticos excluyentes y con liderazgos carismáticos.¹¹ Lo anterior haría de la costumbre un derecho, pues “quien haya desempeñado durante cierto tiempo el cargo de delegado termina por considerarlo de su propiedad” (Michels, 1979: 90).¹² Este principio quizá podría observarse en las estructuras partidistas anglosajonas contemporáneas, donde las elites políticas herederas de los partidos fundadores comparten de manera sucesiva el poder.

Por otra parte, en América también se llevaron a cabo investigaciones sobre el poder y naturaleza de las elites; sobresalen las de los estadounidenses Harold Laswell y Charles Wright Mills. El primero, politólogo y

¹¹ En este punto sobresalen las coincidencias con escritos como *El Federalista*, donde James Madison y Alexander Hamilton aluden a las oligarquías locales explicando los principios que sustentan al régimen político estadounidense actual (de manera particular en el apartado 57). Para mayor información véase Madison *et al.* (1943: 220-224).

¹² La traducción de todas las citas es propia.

comunicólogo, en *Politics: Who Gets What, When, How* (1936) ofrece un interesante acercamiento al comportamiento humano y las elites. Para él, éstas no eran solamente personas con una posición económica privilegiada, sino que además mutaban según las circunstancias internas de cada país. Según esta lógica, toda vez que la aristocracia era arrasada por fuerzas revolucionarias, se creaban nuevos liderazgos y términos lingüísticos suplantando a sus predecesores; así, de los derechos divinos del monarca se transitó a los derechos del hombre¹³ y de éstos, a la dictadura del proletariado. Del lenguaje de protesta se pasaba a uno de carácter ideológico para invocar un nuevo orden frente al proletariado (Laswell, 1936: 393).

En realidad, este politólogo no centró sus análisis en el papel de las elites como entes de poder del mundo capitalista, sino en las contradicciones que evidenciaban desde etapas tempranas aquéllas emergentes en Europa, sobre todo la soviética. Tampoco se enfocó en el rol de los partidos políticos en el capitalismo ni en sus características como herramientas del poder, sino en combatir ideológicamente al socialismo soviético y su autócrata partido de Estado a través de los medios de comunicación occidentales.

Las indagaciones de Mills ciertamente son más profundas en el análisis del impacto político de las elites en Estados Unidos, pero su vocación de sociólogo lo orientó sobre todo hacia el interior de aquéllas y los motivos que las articulaban. Si bien abordó de forma tangencial algunas características de los partidos políticos, no llegó a estudiarlos como instrumentos de poder y legitimación de clase, sino como sitios donde convergían individuos con intereses políticos similares, pero sin que éstos constituyeran agendas hegemónicas. Es decir, al igual que Laswell, pondera el espíritu democrático estadounidense por sobre los intereses de grupo y la permanencia en el poder.

Pese a lo anterior, reconoce que los partidos políticos en ese país son estructuras semif feudales que extienden sus redes a cambio de votos y protección (Mills, 1987: 239), y además reconoce que su poder económico se concentra en las causas más defendidas y promovidas por los propios partidos políticos. Al mismo tiempo, y siguiendo lo expresado por Alexander Hamilton y James Madison (1943), Mills afirma que los partidos políticos son fuertes en sus bases, pero débiles en la cima, y qué sólo el presidente y vicepresi-

¹³ Lo que más tarde se conocería como derechos humanos al ampliarse en su sentido la expresión francesa *droits de l'homme* (N. de la ed.).

dente pueden cohesionar a su partido. En este sentido, es oportuno recordar que Madison afirmó —a finales del siglo XVIII— que mientras menor fuera la cantidad de partidos políticos mayor probabilidad tendrían estos organismos de repetir como entidades gobernantes; asimismo, mientras menor fuera el número de individuos que ejercieran ese poder mayor sería la posibilidad de llegar a acuerdos y ponerlos en práctica, lo cual, a juicio de este estudioso, significaría que la ejecución de esos planes tendría una naturaleza opresora (Madison *et al.*, 1943: 50).

El desdén de Mills a profundizar en el análisis del papel de las elites en los partidos políticos parecería corresponderse con el sentimiento de Alexander Hamilton hacia dichos organismos expresado en los ensayos 37 y 88 de *El Federalista*, cuando afirmó que la influencia de los partidos era una miasma maloliente en el contexto de la política de Estados Unidos.¹⁴ De hecho, Mills atribuye en buena medida a los autores de *El Federalista* la búsqueda de figuras nacionales notables para construir su proyecto político y afirma que la clave estructural de la elite de ese país es el sector corporativo, aunque aquélla se compone también de políticos y militares (Mills, 1987: 259).

Asimismo, esgrime que la elite del poder —al menos en Estados Unidos, que es el objeto de su estudio— está integrada por personas con intereses semejantes y afinidades sociales y psicológicas; que provienen de clases altas de abolengo —y también de sectores pudientes de reciente formación— metropolitanas. Sus padres son profesionistas y hombres de negocios prominentes, regularmente asentados en el este del país. Tienen en común haberse graduado en las universidades de mayor prestigio y suelen ser protestantes episcopales o presbiterianos. Cuando se involucran en la dinámica partidista prefieren ser electos por votación, justificando así su predominio en la arena política nacional (Mills, 1987: 261-262).

Este autor reconoce que dichas elites tienen origen social y educación comunes, y ello hace que confíen unos en los otros. Los más altos miembros de las cúpulas militares, económicas y políticas aceptan los puntos de vista de sus contrincantes, se toman en cuenta unos a otros y así abrazan esperanzas

¹⁴ Seguramente, una vez instalado como figura central de la política estadounidense e influyendo a favor de George Washington y John Adams en las tres primeras elecciones, la percepción de Hamilton respecto de las "miasmas" que provenían de los partidos políticos pasó a segundo plano, al menos hasta que su partido (el Federalista) sufrió un duro revés electoral en 1800 frente a los demócrata-republicanos y su acérrimo rival, Thomas Jefferson.

y valores mutuos. Mills afirma que las elites comparten un principio básico de conciencia de clase —al menos en Estados Unidos— y que aquélla no existe como tal en otros estratos sociales; que no hay sector tan bien organizado y eficaz como la elite en el poder. Republicanos y demócratas pueden tener divisiones, pero éstas se someten a la disciplina interna y a la comunión de intereses que une a las elites (Mills, 1987: 265-266).

Mills, al igual que Laswell, circunscribió su estudio de las elites a Estados Unidos y lo enfocó a combatir ideológicamente el avance del socialismo soviético en la segunda mitad del siglo xx. Ninguno de los dos analizó a los partidos políticos y el papel de dichas elites en ellos, como sí lo hicieron los italianos, tal vez porque la democracia estadounidense posee valores e instituciones más firmes y democráticas que las italianas, que cayeron fácilmente frente al avance del fascismo, lo que influyó sin duda en que los teóricos de las elites italianos no pudieran desarrollar sus cavilaciones sin la intrusión ideológica de los totalitarismos nacionalistas de la época y su aversión al socialismo soviético; no obstante, por fortuna llegaron de Francia los escritos de Maurice Duverger, quien emprendió estudios minuciosos de los partidos políticos y, con ello, una interpretación más precisa del papel de las elites. Sus disertaciones, a partir de la segunda mitad del siglo xx y las primeras dos décadas del siglo xxi, lo han llevado a convertirse en un referente en los estudios sobre los partidos políticos y los sistemas electorales. Su obra primigenia, *Los partidos políticos* (escrita en 1951), y posteriormente la formulación de lo que muchos conocen como la Ley Duverger, otorgarían al campo de la ciencia política elementos de discusión y polémica que siguen vigentes.

Es necesario establecer que no pretendemos convertir este libro en un espacio de debates teóricos ni político-filosóficos, cuestión a la que otros autores ya han dedicado buena parte de sus cavilaciones, sino mostrar cómo los postulados de Duverger en materia de partidos políticos y sistemas electorales han fortalecido a las elites en los modelos Westminster, como es el canadiense, legitimando su actuación en el campo político-económico, lo que ha dado lugar a hegemonías culturales en el imaginario colectivo.

En sus estudios, Duverger considera que los sistemas electorales mayoritarios han conducido regularmente hacia el bipartidismo, entendiéndolo como sistema electoral mayoritario a aquél donde el candidato ganador es el que obtiene el mayor número de votos sin importar el porcentaje que representen;

es decir, una persona puede ganar su circunscripción uninominal¹⁵ con sólo el 30 por ciento de los votos, aunque el 70 por ciento restante esté repartido entre otros aspirantes de su misma circunscripción, en cuyo caso no gana la mayoría sino la minoría más fuerte, esquema que beneficia a las minorías mejor organizadas y con mayores recursos. Esto se contraponen al sistema proporcional, que busca un equilibrio entre los votos y las curules en disputa, tal y como lo señalaremos más adelante.¹⁶

Sobresalen en el campo de estudios de Duverger tres elementos que ayudan a entender el papel de los partidos políticos y los sistemas electorales a los que pertenecen. El primero es “el sistema electoral de representación proporcional y el multipartidismo”, donde las curules parlamentarias se distribuyen entre los contrincantes en virtud de la proporción de votos acumulados por cada partido; con ello se pretende alcanzar un equilibrio entre los votos y la representación real en las asambleas. El segundo elemento es “el sistema electoral mayoritario de dos vueltas y el multipartidismo”; sobre éste se afirma que las segundas vueltas electorales entre partidos o candidatos con mayor número de sufragios en una primera ronda promueven el multipartidismo y una representación más certera de la pluralidad de las sociedades. El tercero es “el sistema electoral mayoritario de una vuelta” (*o first past the post*), que tiende a crear esquemas bipartidistas sólidos (Duverger, 2012: 232-233). Este último propicia la exclusión de terceros, pues se recurre de manera más constante al llamado “voto útil”, fenómeno que se explicará más adelante.

De estos tres elementos de Duverger nos enfocaremos en el tercero, observando sus efectos en la política canadiense y en el dominio ejercido por sus elites, pero sobre todo para evidenciar los obstáculos que enfrentó y las estrategias que debió diseñar la izquierda canadiense para remontarlos desde principios del siglo xx con el fin de colocarse como una opción electoral viable. Así, del estudio de este último elemento surge algo conocido como Ley Duverger, según la cual un sistema electoral mayoritario de una vuelta consolida la posición de los dos partidos hegemónicos mientras que debilita a

¹⁵ Esto quiere decir que la circunscripción o distrito pone en juego sólo un asiento en el Parlamento o Congreso por mayoría simple. Este esquema se maneja en los países con instituciones políticas de herencia anglosajona, como Canadá.

¹⁶ Estos sistemas no se contraponen, pues existen naciones regidas por el esquema Westminster que recurren a ambos modelos para las mismas elecciones; son los casos de las asambleas de Escocia y Gales.

las formaciones emergentes, por carecer estas últimas de la infraestructura y las bases con que cuentan los partidos dominantes.

Lo interesante de este hallazgo es que dicho sistema electoral a una vuelta tiene sus mejores manifestaciones en el modelo anglosajón Westminster, ya que, pese a existir numerosas agrupaciones partidistas en el juego político, sólo dos organismos tienen posibilidades de acceder al poder y/o los votantes deciden elegir entre dos opciones percibidas como reales. En el caso de Gran Bretaña, los liberales fueron desplazados por los laboristas a principios del siglo xx, y éstos, junto a los conservadores, han mantenido el poder o han optado por aglutinar en torno suyo a agrupaciones pequeñas para conformar gobiernos de coalición y alcanzar mayorías parlamentarias.¹⁷

En el caso canadiense, liberales y conservadores fundaron el sistema político y electoral del país a imagen y semejanza del de la metrópoli. Desde esa posición de poder, han monopolizado la primera magistratura canadiense en las cuarenta y tres elecciones federales hasta las de otoño de 2019, y sólo en dos de ellas no han sido primera oposición. Lo anterior significa que de 1867 a 2019, en cuarenta y uno de esos comicios han quedado los liberales, o bien los conservadores, en primer o segundo lugar y, al igual que en Gran Bretaña, esto sucede pese a existir otras agrupaciones partidistas federales, pero, a diferencia de la metrópoli, Canadá se ha rehusado a recurrir al gobierno de coalición, lo que en la práctica excluye a terceros de la toma de decisiones de gobierno, fortaleciendo al duopolio liberal-conservador. De esto último no se desprende de ninguna manera que las elites de ambos partidos mantengan un acuerdo práctico, ya que las diferencias entre ellas, sobre todo en el siglo xxi, con el ascenso de gobiernos de carácter conservador-populista como el de Stephen Harper (2006-2015),¹⁸ han sido cada vez más claras, sobre todo en el Canadá multicultural de la actualidad, pese a que ambos grupos han dominado la escena política por más de siglo y medio.

Esta tendencia bipartidista que de manera sistemática ha excluido a las expresiones de izquierda de los espacios electorales del país, en los análisis de Duverger encuentra su explicación más cercana, pues la adopción de un modelo electoral que pone en juego asientos parlamentarios en distritos determinados dificulta la entrada de nuevos actores partidistas, porque en un

¹⁷ Para una revisión más detallada del funcionamiento del sistema parlamentario británico véase Santín (2018).

¹⁸ Para mayor información acerca de los populismos en América del Norte, véase Santín (2021).

sistema de origen británico como el canadiense los distritos sólo cuentan con un asiento y éste se elige mediante el sistema uninominal o *first past the post*, es decir, el elector puede elegir sólo a un candidato en la boleta y éste a su vez puede declararse vencedor al obtener el mayor número de votos en la circunscripción electoral sin importar el porcentaje que representa, algo que se conoce también como mayoría simple.

Por ello, en un esquema de mayoría los candidatos de partidos con más infraestructura y tradición local serán los únicos con posibilidades reales de obtener el triunfo, pues cuentan con todos los recursos económicos y humanos para ello. En contraposición, los partidos emergentes competirán en un esquema de desigualdad, inequitativo y de desventaja sistémica, creado precisamente para dificultar no sólo su victoria, sino su propia existencia política. Por ello se ha dado en llamar Ley Duverger a esta mecánica electoral, pues fue Maurice Duverger quien señaló que la existencia y tendencia bipartidista del sistema inglés no podía cuestionarse, que era algo generalizado en ese tipo de régimen, que Inglaterra había conocido sólo dos partidos a lo largo de su historia, que ese dualismo era una tendencia naturalizada y su reproducción en el resto de la Mancomunidad de Naciones (Commonwealth) era evidente (Duverger, 2012: 236-237).

Considerando esos rasgos distintivos de las democracias Westminster, el politólogo canadiense André Blais y los estadounidenses Bernard Grofman y Shaun Bowler en *Duverger's Law of Plurality Voting* afirman que dicha ley demuestra que el análisis de los sistemas electorales importa, sobre todo para entender las condiciones políticas de determinado país. Sostienen que Estados Unidos puede ser considerado el único ejemplo de funcionalidad teniendo sólo dos partidos hegemónicos en la arena política, pues en otros como India, Gran Bretaña o Canadá la existencia de más partidos genera desequilibrios a los dos más poderosos. En el caso de Canadá, el Partido Neodemócrata (New Democratic Party, NDP) no puede ser catalogado como temporal, pues tiene décadas de existir y, por lo tanto, la experiencia para sacar provecho de los incentivos electorales que ofrece el propio sistema (Grofman *et al.*, 2010: 3).

No obstante, según estos autores el sistema uninominal de mayoría simple estimula la competencia, pero sólo entre dos agrupaciones en determinado distrito, disminuyendo automáticamente la influencia de otros partidos políticos recién surgidos, lo que hace que los organismos pequeños reciban

un menor número de asientos que de votos, con lo que terminan por estar subrepresentados (Grofman *et al.*, 2010: 2-3). Lo anterior sucede porque los votos de estos pequeños partidos irán “disolviéndose” una vez que los grandes dominen en el conteo en las circunscripciones electorales.

En otras palabras, es el propio sistema electoral canadiense el que propicia que los partidos pequeños pierdan representación real en el Parlamento de forma automática, al negarles asientos, y no la poca votación a su favor; es decir, si el partido “X” logra el 10 por ciento de votación nacional, pero no alcanza la mayoría en ningún distrito, no tendrá representación en el Parlamento, pese a que el hipotético 10 por ciento de los electores haya votado por sus candidatos a lo largo y ancho del país. Así, el sistema electoral uninominal de mayoría simple facilita que los partidos grandes reciban más asientos que votos, estimulando su sobrerrepresentación; de esta forma, como hemos dicho, los pequeños reciben menos curules que sufragios, lo que reduce su representación real en términos electorales (Grofman *et al.*, 2010: 3).

Los mismos autores señalan también que el sustento de la Ley Duverger puede identificarse en los efectos mecánicos y también en los psicológicos; los primeros determinan el número de asientos, mientras que los psicológicos se relacionan con los procesos mentales de los votantes y de las elites respecto de lo que esperan que suceda en determinadas elecciones. Por eso, las elites y los votantes en general son conscientes de que los partidos pequeños o emergentes tienen muy limitadas posibilidades de trascender en lo electoral, pues sus adherentes preferirán moverse en favor de alguno de los partidos hegemónicos para no desperdiciar su voto. Esa tendencia va desterrando a los jóvenes políticos de la arena electoral, pues mantenerse fieles a su ideología podría hacerlos a un lado, mientras que los actores ambiciosos se sumarán a alguna de las dos fuerzas dominantes y con posibilidades reales de ganar, para con ello acceder a los círculos de poder. Así, según la Ley Duverger, el sistema uninominal hace más ricos a los ricos (Grofman *et al.*, 2010: 3).

Por lo anterior, el escenario que enfrenta la izquierda canadiense desde principios del siglo xx la ha obligado a sobreponerse a esquemas políticos y electorales creados ex profeso para excluirla como corriente, pero también a efectos psicológicos a partir de los cuales sus simpatizantes tienen que evaluar su voto en términos ideológicos —y hasta románticos— o bien con razonamientos prácticos, recurriendo al denominado voto “estratégico” o voto “útil”. El cuadro 1 ayuda a entender mejor la forma en que opera, a nivel

mental, esta decisión en un sistema uninominal de mayoría simple con tres candidatos o partidos en pugna.

CUADRO 1
EL VOTO ESTRATÉGICO ENTRE TRES CANDIDATOS

A	B	C	D	E	F
1	1	2	2	3	3
2	3	1	3	1	2
3	2	3	1	2	1

FUENTE: Grofman *et al.* (2010: 14).

De acuerdo con este cuadro, la opción 1 es la preferida del votante; la 2, la segunda, y la 3, la que menos representa sus valores morales, religiosos y/o políticos y, por lo tanto, por la que no votaría. Es importante señalar que las encuestas juegan un papel determinante para generar este tipo de esquemas prospectivos en la mente del votante. Así, en las opciones A, B, C y E no se observa contradicción al momento del sufragio, pues la opción 1 se encuentra bien posicionada; sin embargo, la D y la F colocan al votante frente a la realidad de que su candidato no tiene posibilidades de ganar, a diferencia de lo que ocurre con el peor candidato o partido para él. En ese momento entra en juego el voto “estratégico” para que gane la opción 2, y así evitar que triunfe la 3. Cabe agregar que, en realidad, cuando se emite el voto “estratégico” éste no se dirigirá al candidato que más disguste al votante (Grofman *et al.*, 2010: 15).

En este orden de ideas, quienes voten en favor de la opción 1, de cualquier forma, sin importar las encuestas, reforzarán la presencia de su candidato o partido en su circunscripción, pero a nivel nacional su decisión no significará nada, pues no existen asientos plurinominales ni proporcionales en el Parlamento, como sí sucede en los de Australia y Nueva Zelanda, y en las asambleas de Escocia, Gales, Londres e Irlanda del Norte, por mencionar algunos ejemplos de democracias Westminster.¹⁹

¹⁹ Australia practica, en su Cámara baja, un sistema electoral de segunda vuelta instantánea o voto “alternativo”, mediante el cual se eligen varias opciones en una misma boleta hasta que algún candidato alcance el 50 por ciento más uno. En Nueva Zelanda se recurre a un esquema mixto, que incluye candidatos plurinominales y uninominales por mayoría simple en una misma boleta; es el mismo caso de las asambleas de Gales, Escocia y Londres. En la de Irlanda del Norte se

Estos mecanismos subjetivos al momento de sufragar, así como el dilema entre hacerlo por convicción o “estratégicamente”, es decir, optar entre el voto “duro” y el calificado como “útil”, también se manifiestan al haber más de tres candidatos o partidos en pugna, tal y como se aprecia en el cuadro 2, donde se muestra que mientras más participantes existan, mayores serán las opciones para el voto “útil”.

CUADRO 2
EL VOTO ESTRATÉGICO ENTRE CUATRO CANDIDATOS

A	B	C	D	E	F
1	1	1	1	1	1
2	2	3	3	4	4
3	4	2	4	2	3
4	3	4	2	3	2
G	H	I	J	K	L
2	2	2	2	2	2
1	1	3	3	4	4
3	4	1	4	1	3
4	3	4	1	3	1
M	N	Ñ	O	P	Q
3	3	3	3	3	3
1	1	2	2	4	4
2	4	1	4	1	2
4	2	4	1	2	1
R	S	T	U	V	W
4	4	4	4	4	4
1	1	2	2	3	3
2	3	1	3	1	2
3	2	3	1	2	1

FUENTE: Grofman *et al.* (2010: 16).

Como puede observarse, hay veinticuatro opciones que se presentan ante los seguidores de un partido cuando existen cuatro candidatos en pugna. De éstas, las de la primera fila (A-F) no manifiestan contradicción, pues

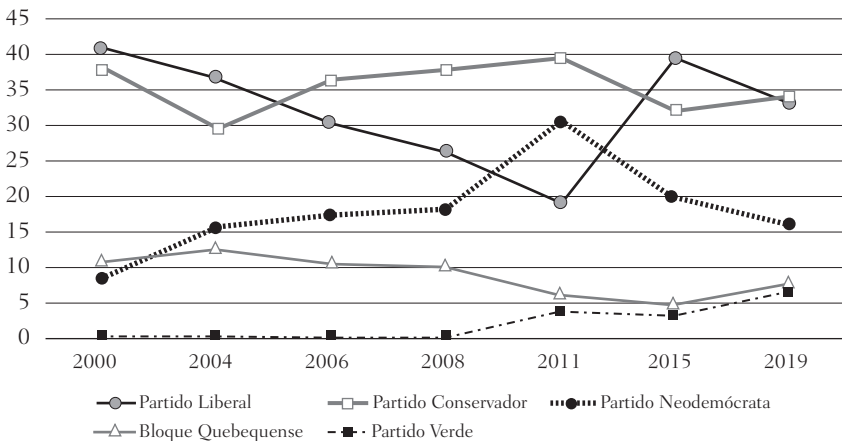
implementa un sistema de votación único transferible de doble representación para garantizar la presencia equilibrada de católicos y protestantes, así como la equidad partidista. Para un análisis más pormenorizado de estos sistemas electorales y de representación en asambleas y parlamentos, véase Santín (2018).

su candidato o partido se encuentra a la cabeza. Las columnas G, H, M, N, R y S colocan al candidato en franca posición de competencia, lo que fortalece el voto por convicción. Las columnas I, J, Ñ y O tampoco muestran contradicciones, pues ni el candidato preferido ni el que menor simpatía genera tienen posibilidades de ganar; sin embargo, la contradicción y el voto “estratégico” pueden presentarse en los escenarios K, L, P, Q, T, U, V y W, donde la peor opción tiene oportunidad de triunfar, y la preferida (la 1) se halla en una situación muy comprometida. Ahí es precisamente donde entran en juego los factores subjetivos que orientan el sentido del voto de manera estratégica no para que gane la opción preferida del elector, sino para evitar que el candidato o el partido que menos representa sus valores o ideología pueda triunfar.

Grofman *et al.* (2010: 17) señalan que el porcentaje de sufragio estratégico del electorado canadiense oscila entre el 10 y el 15 por ciento, cifras significativas si se considera que en comicios competidos dicha proporción puede significar la diferencia para elegir a un primer ministro.

Estas circunstancias muestran que los partidos emergentes sufren los daños colaterales de elecciones federales cerradas, como lo han sido todas al menos en el siglo XXI (véase la gráfica 1); por ello, la izquierda canadiense ha tenido que adquirir múltiples pericias no sólo para competir, sino para sobrevivir al sistema electoral.

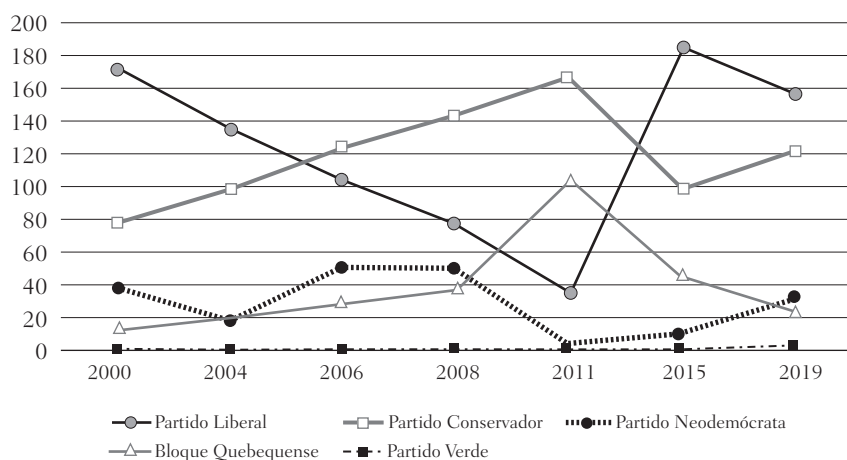
GRÁFICA 1
VOTACIÓN EN LAS ELECCIONES DEL SIGLO XXI (%)



FUENTE: Elaboración propia con datos de Elections Canada (2021).

La gráfica 2, por su parte, muestra la cantidad de asientos que el sistema uninominal de mayoría simple asigna a los partidos contendientes. Esta gráfica, junto con la anterior, señala las diferencias entre el número de votos y el de asientos, ya que en la primera la línea de tendencia del Partido Neodemócrata no se ve tan separada de las de los partidos dominantes (Liberal y Conservador), como sí se nota en la segunda.

GRÁFICA 2
ASIENTOS EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES EN EL SIGLO XXI



FUENTE: Elaboración propia con datos de Elections Canada (2021).

Como indican dichas gráficas, las elecciones federales de 2011 trajeron una alteración momentánea del duopolio integrado por liberales y conservadores debido al ascenso del Partido Neodemócrata; sin embargo, la mala suerte —por la pérdida repentina de líderes fuertes—, la poca pericia de algunos liderazgos y el propio funcionamiento del sistema electoral los ha vuelto a colocar en una posición desfavorable para la tercera década del siglo XXI, como se verá más adelante.

Puede afirmarse que este duopolio formado por los fundadores de la política canadiense en 1867 ha mantenido a liberales y conservadores en una posición dominante durante décadas.²⁰ Este bipartidismo hegemónico también fue analizado por el politólogo italiano Giovanni Sartori, quien señaló

²⁰ Para una revisión del proceso de duopolio político canadiense véase Santín (2014).

tres características que definen al bipartidismo: la primera es que dos partidos políticos dominen la arena electoral de forma recurrente; la segunda es que cada una de estas opciones siempre está en posición de alcanzar la mayoría absoluta de asientos parlamentarios y, por ello, ambas se encuentran bastante dispuestas a gobernar en alternancia, y la tercera, que cuando les corresponde gobernar gobiernan solas. Lo anterior significa que el bipartidismo es, en la práctica, un monogobierno y rechaza las coaliciones (Sartori, 2005: 292), tal y como sucede en Canadá. En este sentido, precisa que, dadas las estructuras sistémicas, un esquema uninominal da lugar a un formato bipartidista, obstaculizando, al mismo tiempo, el multipartidismo (Sartori, 2005: 300-301).

Esta última afirmación encuentra en el sistema canadiense uno de sus paradigmas más claros, pues la izquierda partidista se erige como un ejemplo de fuerza política en donde la imaginación de sus fundadores y los buenos liderazgos han encontrado el camino para ir superando los obstáculos, a veces con mucho éxito, tal y como se verá a continuación.

La Federación Cooperativa de la Commonwealth (ccf)

Durante los primeros años del siglo xx se registraron expresiones más organizadas de agrupaciones políticas, sobre todo de carácter laborista; sin embargo, la primera guerra mundial provocó una disminución de sus agremiados en favor de partidos comunistas locales que responsabilizaban al capitalismo de la debacle que significó la guerra y de las condiciones de los trabajadores. De hecho, el Partido Comunista de Canadá (Communist Party of Canada, CPC), en su manifiesto de agosto de 1914, conminaba a los trabajadores del país a ignorar los llamados de lealtad a la Corona británica, pues en realidad esa guerra, decían, era resultado de prácticas capitalistas que utilizarían a los obreros y otros trabajadores para defender con las armas los intereses de sus amos; que el capitalismo internacional buscaba reforzar y mantener las condiciones de esclavismo en contra de los obreros y de la clase trabajadora en general, entre otros argumentos (Angus, 2004: 7).

Además, y con el fin de no perder presencia electoral, los movimientos socialdemócratas canadienses lanzaron su propio manifiesto en el que también llamaban a los trabajadores a no escuchar los exhortos de la Corona, pues con ese conflicto se buscaba, sobre todo, mantener o abrir nuevas rutas

comerciales en favor de las potencias involucradas, por lo que los trabajadores debían fortalecer sus posiciones políticas en esos momentos, apelando al conocimiento como mecanismo para lograr el progreso social (Angus, 2004: 8).

Estas dos posturas contrarias a la guerra y en favor del espíritu de solidaridad entre los trabajadores como clase social de inmediato entraron en pugna en el ámbito electoral, más allá de la confrontación ideológica, pues los comunistas no estaban interesados en hacer alianzas con los socialdemócratas por considerarlos instrumentos del poder para minar la fuerza y alcances del movimiento comunista canadiense. Empero, el fin de la primera guerra mundial, los altos índices de desempleo y las condiciones de muchos obreros y agricultores canadienses estimularon el fortalecimiento de partidos políticos regionales capaces de desafiar a liberales y conservadores en algunos de sus cotos de poder en las provincias del Oeste. Esa situación fue acercando a los partidos Comunista y Socialdemócrata de Canadá, que poseían bases organizadas en diferentes regiones. Así, obreros y otros trabajadores, campesinos y pequeños agricultores encontraron coincidencias con alguno de estos dos partidos que, si bien no contaban con presencia significativa en el Parlamento de Ottawa, sí tenían posibilidades en algunos distritos; sin embargo, esto sólo era viable si se unían para enfrentar al candidato liberal o conservador del distrito en cuestión; no obstante, la rigidez dogmática del Partido Comunista no lo permitió y decidió competir en cada distrito donde los socialdemócratas tenían oportunidad de ganar, lo que impedía su triunfo electoral. De hecho, los comunistas afirmaban que los socialdemócratas eran comparables a Hitler y al fascismo europeo de aquellos años (Angus, 2004: 244).

En realidad, los comunistas y los socialdemócratas canadienses tuvieron una relación envenenada desde el inicio del siglo xx. Los primeros hablaban constantemente de un cambio revolucionario profundo en la sociedad canadiense y proponían un gobierno de clase trabajadora que rompiera la inercia de las élites fundadoras. Por su parte, los movimientos socialdemócratas impulsaban una transformación social basada en una economía “responsable y justa”. Así, ambos grupos buscaron atraer a las bases trabajadora y agraria, pero fue evidente que en los años treinta los comunistas ya habían sido prácticamente proscritos de la arena electoral de Canadá (Wiseman, 2020: 47).

Lo anterior se debe a varias razones, pero sin duda la persecución, vigilancia y presión en contra de los líderes comunistas por parte del gobierno

de Ottawa influyeron para limitar su expansión nacional, además de que a través de los medios de difusión se desacreditaban sus propuestas con la intención de limitar tanto las expresiones comunistas como las fascistas en el país, sobre todo por la llegada al poder de figuras como Adolfo Hitler, José Stalin y Benito Mussolini en esos años.

Lo anterior hizo ver a los socialdemócratas canadienses como una opción más tolerante y menos disruptiva frente al resto de la sociedad, y de la propia clase obrera a la que se dirigía el Partido Comunista. De este modo, los liderazgos metodistas socialdemócratas encontraron buena acogida entre la población rural y agrícola (Wiseman, 2020: 48). Con el paso de los años, este movimiento político-religioso metodista fue evolucionando hasta convertirse en el actual presbiterianismo protestante que defiende y promueve los derechos de los pobres y las clases más desfavorecidas (Santín, 2018: 173). Esta opción resultó más atractiva a un amplio sector del electorado canadiense que veía con desconfianza a los comunistas, que se asumían ateos y buscaban un cambio de fondo en el país.

Fue así como a principios de los treinta del siglo pasado diversos grupos socialdemócratas emplazaron a la construcción de un partido político con alcance nacional, ya que en realidad los derechos de los trabajadores no contaban con una agrupación fuerte a ese nivel y que los representara en el Parlamento, como sí sucedía con el Partido Laborista en Gran Bretaña, que ya desde principios del siglo xx comenzaba a disputar escaños al Partido Liberal, de tal manera que para mediados de los años veinte aquéllos habían logrado desplazar a éstos como la principal fuerza opositora a los conservadores en la Cámara de los Comunes en Londres.²¹

Por ello, en Canadá las fuerzas laboristas, socialdemócratas, socialistas y comunistas moderadas decidieron organizar una serie de reuniones de carácter nacional en donde se aglutinaran las demandas de los trabajadores afectados por las condiciones económicas y el desempleo como consecuencia de la Gran Depresión originada por la crisis de 1929, y cuyos efectos en Canadá resultaron muy severos sobre todo para las clases menos favorecidas. Así, la inquietud y preocupación de trabajadores (incluyendo obreros y profesionistas), agricultores, mujeres activistas y pequeños empresarios encontraron un estímulo para el activismo político.

²¹ Lo mismo sucedió en Australia, desde la primera década del siglo xx, y en Nueva Zelanda, en los años treinta.

Hacia 1932, las ideas relativas a conformar una agrupación con alcances nacionales habían encontrado sustento sobre todo en el principio de defensa de los más desfavorecidos como consecuencia de las malas prácticas del capitalismo; por ello se decidió convocar a una gran convención en Calgary, en la provincia de Alberta, en donde quedara constancia del nacimiento del nuevo partido, la Federación Cooperativa de la Commonwealth (Co-operative Commonwealth Federation), cuyas siglas CCF serían, a partir de ese momento y a nivel nacional, símbolo de la izquierda nacional.

En esta asamblea, además se eligió como líder a James Shaver Woodsworth, político y ministro de la iglesia metodista, que predicaba el evangelio social de los pobres. Al año siguiente, la CCF convocó a una nueva convención nacional, esta vez en la ciudad de Regina, Manitoba, para definir los lineamientos ideológicos del partido y sus adherentes.

Este documento fue conocido como el Manifiesto de Regina (*Regina Manifesto*) y a partir de sus catorce puntos delineó la ruta de la izquierda partidista canadiense de ahí en adelante, pues se convirtió en la referencia obligada de la socialdemocracia local. Abordó temáticas que no eran comunes para las elites liberales y conservadoras, pues puntualizó de manera clara las necesidades más urgentes de las mayorías. Es importante señalar que como resultado de las pugnas previas con los comunistas, este manifiesto tiene una base socialista, pero no marxista. Considera, por ejemplo, que los trabajadores y agricultores canadienses habían sido explotados por el sistema capitalista durante décadas, pues dependían del mercado de precios, pero que la solución llegaría con la aplicación correcta del constitucionalismo británico, ya no con el estilo e interpretación que le habían dado liberales y conservadores en Canadá.

El documento insistía en la búsqueda de un cambio profundo en el país, pero rechazaba la violencia como medio para alcanzarlo. Es importante destacar que en él se responsabiliza a las elites de utilizar a los dos partidos fundadores como instrumentos de poder y dominio. Entre sus puntos programáticos sobresalen las propuestas de planificar la economía, socializar las finanzas, nacionalizar empresas clave (como transporte y energía eléctrica), apoyar a los agricultores con dinero y crear cooperativas; regular el comercio exterior, establecer nuevos códigos y leyes laborales; socializar los sistemas de salud, hospitalarios y médicos; realizar enmiendas constitucionales respetando los derechos de las minorías, emprender una política exterior que promueva la

paz y el desarme mundiales, crear nuevas leyes de inmigración, entre otros temas (CCF, 2018).

El texto finalizaba afirmando que la CCF no se detendría hasta erradicar el capitalismo y sus desigualdades en Canadá. Pese a lo anterior, los marxistas locales sostenían que el manifiesto era demasiado revisionista, mientras que muchos miembros moderados del partido lo consideraban “bastante socialista” (Gidluck, 2012: 87). En realidad, la primera tarea de la CCF fue acotar su propia idiosincrasia sin caer en las estigmatizaciones de la época que equiparaban a fascistas²² con comunistas, a quienes se consideraba parte de una misma amenaza, pues en Europa ya eran claras las consecuencias de sus regímenes. Era obvio que ambas corrientes buscaban extender su influencia e ideología en distintos países americanos; por ello, el primer líder de la CCF, James Woodsworth (1932-1942), siempre que tuvo la oportunidad insistió en que su partido no era financiado ni dirigido desde Moscú, y que la CCF no era contraria a la religión ni promovía el ateísmo (Gidluck, 2012: 88). De hecho, él era un ministro protestante metodista muy conocido en Manitoba, pues su padre fue superintendente de las misiones metodistas en toda la provincia; así, su vocación política y religiosa fue el común denominador a lo largo de su vida, situación que ayudó a desmentir los señalamientos de que era una agrupación comunista y atea, lo que en aquellos años no era asunto menor.

Una vez organizado, el partido contendió por primera vez en elecciones federales en 1935, obteniendo 7 curules en el Parlamento de las 245 en disputa. En ese proceso, colocarían candidatos en provincias del Oeste (Columbia Británica y Alberta), de las praderas (Manitoba y Saskatchewan) y en las centrales (Ontario y Quebec), alcanzando miles de votos, situación donde sobresale Ontario, con casi 128 000, aunque no obtuvo la mayoría en ningún distrito por el conocido sistema *first past the post*; sin embargo, en Columbia Británica se ganaron 3 asientos, en Manitoba 2 y en Saskatchewan 2 más.²³ Es importante añadir que en ese ejercicio parlamentario de 1935-1940, la bancada de la CCF sumó otra curul cuando la primera mujer en ser electa

²² En el caso de Canadá, la expresión fascista más organizada fue el Partido Nacional Social Cristiano (National Unity Party), cuyo escudo incluía la esvástica nazi y que encontró en Quebec la mayoría de sus bases, hasta que fue proscrito del escenario político a inicios de la segunda guerra mundial por considerársele una amenaza para el país.

²³ Todos los datos, cifras y porcentajes que se presentarán en este libro y que se refieran a las elecciones federales canadienses pueden consultarse en Parlamento de Canadá (2021a).

diputada federal, Agnes Macphail,²⁴ decidió incorporarse a sus filas por el distrito Gray-Bruce, en Ontario, tras abandonar el partido United Farmers of Ontario (UFO).

El año de 1935 fue muy importante para la izquierda canadiense, no sólo por la irrupción de la CCF en la arena política nacional, sino porque uno de los siete diputados que ganaron una curul en la Cámara de los Comunes fue Tommy Douglas, quien triunfó en el distrito de Weyburn, Saskatchewan. Como se verá más adelante, fue un político y ministro protestante bautista que hizo trascender los proyectos y medidas socialdemócratas a niveles nunca antes vistos en todo el país; por ello en diversas encuestas se lo consideró el canadiense más grande de todos los tiempos, superando a figuras como el primer ministro liberal, Pierre Elliot Trudeau (CBC News, 2004).

Retomando el tema de las elecciones federales, la CCF dejó en claro que era la única alternativa real para defender y promover las demandas sindicales y agrícolas, por eso desde los años treinta dominaron el panorama de la izquierda en Canadá, de tal manera que el surgimiento de la CCF se reveló como una alternativa para los trabajadores urbanos y rurales, pese a que no se asumía como una agrupación laborista, sino socialista (Angus, 2004: 244). La medida inmediata tomada por su líder, James Woodsworth, fue extender la influencia de la CCF más allá del Oeste canadiense; para ello asignó a sus representantes la tarea de crear bases en otras regiones entre las organizaciones sindicales, que una vez electas solicitarían su afiliación al partido. Con ello no solamente crecería la CCF, sino que obtendría recursos a través del pago de cuotas mensuales de los afiliados.

Así, de forma gradual, el partido se encontraría en posibilidades de crear estructuras permanentes y profesionalizadas en diferentes distritos para contender desde una mejor posición en contra de las agrupaciones dominantes. Para lograrlo, la CCF pedía a sus miembros comprometerse y no apoyar a ningún otro organismo emergente, pues se corría el riesgo de dispersar los votos beneficiando a las elites locales y nacionales.

²⁴ Agnes Macphail fue electa desde las elecciones federales de 1921 por el Partido Progresista de Canadá (PPC), conservó su curul en las elecciones de 1925, 1926 y 1930, pero en las federales de 1935 se incorporó al UFO y posteriormente a la bancada de la CCF. Fue una líder de izquierda muy reconocida y participó activamente en la preparación del Manifiesto de Regina aun sin ser miembro activo en ese momento. Para mayor información sobre la participación de las mujeres en la política federal canadiense, véase Parlamento de Canadá (2021b).

Esta estrategia de captación de grupos sindicales organizados pronto tuvo resultados positivos, pues antes de las siguientes elecciones federales, en 1940, la CCF ya tenía representación en provincias del Atlántico como Nueva Escocia y Nuevo Brunswick, gracias a los trabajadores mineros. De esa forma, la afiliación gremial ayudó al partido a contender con mayores recursos contra liberales y conservadores en comicios federales, y a alcanzar resultados positivos en los provinciales, como cuando logró el segundo lugar en Columbia Británica. Asimismo, las elecciones especiales (*by-elections*) que otorgan asientos a diputaciones que van quedando vacantes, dieron a la CCF ocho de las diez curules en disputa en el periodo 1941-1942 (Archer, 1990: 16-17).

Ello dejaba constancia de la fuerza que iba tomando el movimiento socialdemócrata liderado por Woodsworth pese a los discretos números obtenidos en las elecciones federales de 1940, en donde la CCF sólo sumó un diputado más a su bancada por la provincia de Nueva Escocia, alcanzando así 8 curules, mientras concentraba mayor fuerza en Saskatchewan. Otro dato importante es que en las de 1935, la CCF consiguió poco más de 386 000 votos nacionales y en 1940, poco más de 387 000, es decir, mantuvo sus números, al tiempo que ganó presencia en las provincias del Atlántico.

El liderazgo de James Woodsworth se interrumpió súbitamente por cuestiones de salud, y en una convención nacional en Toronto fue electo como líder James Coldwell (1942-1960), quien, a diferencia de su antecesor, apoyó los esfuerzos canadienses en la segunda guerra mundial, pero, en un intento de mantener la línea pacifista del partido, rechazó la conscripción obligatoria en un momento de apremio para las fuerzas aliadas occidentales en Europa. Por ello, a partir de entonces, el gobierno federal encabezado por el liberal William Lyon Mackenzie King emprendió una campaña para desacreditar a la CCF a nivel nacional señalándola como un satélite del socialismo soviético, y comenzó una persecución política a muchos de sus líderes y agremiados por presunto espionaje y colaboración con el gobierno de la URSS.

Esta propaganda en contra de la CCF generó temor y animadversión entre amplios sectores sociales, los cuales se sintieron identificados con los políticos liberales y conservadores que de forma reiterada proclamaron que la CCF no era más que “un montón de incendiarios y alborotadores controlados desde Moscú” (Gidluck, 2012: 117), afirmación que posteriormente fue tomada como bandera de la izquierda canadiense para fortalecer su posición y

denunciar los ataques que las elites emprendieron en su contra durante la guerra fría.

Esta propaganda contra la CCF consiguió que su representación en la Cámara de los Comunes disminuyera tras las elecciones federales de la década de los cuarenta, ya que después de obtener 28 curules en los comicios de 1945, sus candidatos alcanzaron sólo 13 en 1949; no obstante, la CCF fue consolidando su presencia en todas las regiones, una vez que cuando menos un diputado del partido ganó un asiento en la Cámara, es decir, en el Oeste: Columbia Británica, en las praderas; Manitoba y Saskatchewan; en las provincias centrales, Ontario y en las del Atlántico, así como en Nueva Escocia. Asimismo, sus números totales también disminuyeron en esa década, al pasar de 821 000 votos en 1945 a 785 000 en 1949. Lo más sobresaliente es que pese a las campañas en su contra, en ambas elecciones las diez provincias y los dos territorios existentes hasta ese momento —Noroeste y Yukón—,²⁵ representaron miles de votos para la CCF, superando la difícil barrera que significa nacer y consolidarse electoralmente en un país tan extenso y con un sistema electoral uninominal.

De este modo, el liderazgo de James Coldwell, de prácticamente dos décadas, sirvió a la CCF para delinear nuevas estrategias frente a un gobierno federal que iba favoreciendo cada vez más una serie de políticas asistencia-listas bajo los mandatos liberales de Mackenzie King (1935-1948)²⁶ y Louis St. Laurent (1948-1957), que emprendieron campañas intensas de apoyo social para los sectores más vulnerables, las cuales restaban influencia al discurso y los alcances de la CCF, pues el Partido Liberal iba apoderándose de la agenda socialdemócrata en ese sentido. Por ello, Coldwell asumió una postura mediática muy moderada, evitando el enfrentamiento con los gobiernos liberales, pues era consciente de la fuerza y aprobación de que gozaba el Partido Liberal entre la ciudadanía.

Frente a este escenario, Coldwell pidió a sus liderazgos provinciales estrechar vínculos con los cuadros sindicales regionales y concentrar sus esfuerzos

²⁵ El territorio del Nunavut fue declarado oficialmente parte de Canadá el 1° de abril de 1999, una vez que el gobierno central de Ottawa reconoció su separación de los territorios del Noroeste, en un ejercicio de validación de la autonomía de la población originaria inuit.

²⁶ Es necesario precisar que William Lyon Mackenzie King también fue primer ministro liberal de 1921 a 1930, manteniéndose como líder de la oposición de 1930 a 1935. Posteriormente, en la XVIII elección federal recuperó la primera magistratura, cargo que desempeñó hasta su retiro en 1948.

en mostrarse como la opción que promovía y defendía los derechos laborales. Al mismo tiempo, en un ejercicio que sirvió a la CCF para mostrarse como una alternativa moderada frente a sus electores, denunció el totalitarismo soviético. De manera simultánea, apoyó la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como mecanismo de contención de la Unión Soviética, y la participación de Canadá en la misma. También promovió un papel más dinámico de Ottawa en la arena internacional con parámetros multilaterales, y condenó los colonialismos tanto comunistas como capitalistas (Archer y Whitehorn, 1997: 158-159).

Este rediseño de la CCF en apartados ideológicos la colocó en un sitio más cercano a los partidos socialdemócratas europeos de la época; por ello, en las elecciones federales de 1953 recuperó espacios parlamentarios al obtener 23 curules, producto de poco más de 635 000 votos a nivel nacional; empero, hay que considerar que fueron alrededor de 150 000 menos en comparación con lo logrado en 1949.

Ante los cambios mundiales como resultado del equilibrio de la posguerra, la CCF se vio en la necesidad de convocar a la preparación de un nuevo documento normativo que representara los intereses de sus agremiados y, al mismo tiempo, dejara ver al partido como una opción viable y seria para contender electoralmente y que representara los intereses de la izquierda canadiense de aquella época. Así, después de un lustro de deliberación y revisión, en 1956 se dio a conocer el nuevo instrumento en una asamblea nacional realizada en Winnipeg, Manitoba. Este nuevo manifiesto fue conocido como Declaración de Principios de Winnipeg de la Federación Cooperativa de la Commonwealth (*Winnipeg Declaration of Principles of the Co-operative Commonwealth Federation*) o simplemente como Declaración de Winnipeg (*Winnipeg Declaration* o *Winnipeg Manifesto*).

Si bien reitera el carácter socialista del partido, deja de lado conceptos como lucha de clases, socialización de los bienes de producción o propiedad social, al mismo tiempo que incorpora otros como socialdemocracia y francofonía. Este nuevo esfuerzo refundacional de la izquierda canadiense se percibe más moderado que su antecesor, el Manifiesto de Regina, en muchos sentidos, pues reconoce avances sociales en el país y los atribuye al empuje e influencia de la CCF, ya que el Partido Liberal había adoptado una agenda social que aquélla impulsaba desde hacía años. Se insistía en que el objetivo del partido era reducir la desigualdad imperante, apoyar a los trabajadores,

garantizar la democracia y la equidad de género, así como proteger los recursos naturales y la igualdad entre los seres humanos a través de acciones para la paz en Canadá y en todo el mundo. También se insistía en que éste era y sería un país de migrantes, generoso con los necesitados del mundo (Socialist History Project, 2004).

Ahora, pese a este ajuste programático, las elecciones federales de 1957 y 1958 fueron un retroceso para el partido, ya que, si bien en 1957 ganó veinticinco curules, en 1958 obtuvo sólo ocho. Del mismo modo, el número total de votos nacionales en ambos comicios no superó los setecientos siete mil, situación que colocó al liderazgo de Coldwell en una posición muy comprometida en la CCF, pues además perdió su propia curul en Saskatchewan en 1958. Por ello, tras dimitir como líder, en 1960, se convocó a una elección que favoreció a Hazen Argue, miembro de la Cámara de los Comunes por el distrito de Wood Mountain, Saskatchewan.

La dimisión de Coldwell y el interinato de Argue se dieron en medio de un evidente declive de la CCF, pues el Partido Liberal le había arrebatado casi todas las circunscripciones electorales que con muchos esfuerzos aquélla había conquistado en los últimos treinta años, y sucedía pese al ascenso y empuje que ganaba en Saskatchewan el líder de la versión provincial del partido, Tommy Douglas, quien para 1960 ya había ganado cinco elecciones consecutivas como premier de la provincia desde 1944. Su éxito se fundaba en que el partido proclamaba que el suyo era el primer gobierno socialista en Norteamérica, que la CCF en Saskatchewan se había ajustado a lo establecido en el Manifiesto de Regina y que las bases del Medicare se habían construido precisamente durante la gestión de Douglas en Saskatchewan.

La izquierda canadiense considera que el Medicare pudo nacer precisamente en esa provincia porque ahí se contaba con numerosas bases socialistas agrarias que buscaron en un principio socializar mucho más que la economía, aunque terminaron adoptando posiciones moderadas (socialdemócratas), consistentes en extender los servicios de salud a través de un modelo de Estado de bienestar y economía mixta. El primer paso fue crear en 1947 un seguro de hospitalización, el cual, una década después, fue adoptado a nivel federal por los gobiernos liberales. Esto ocasionó que Tommy Douglas anunciara en 1959 un ambicioso proyecto que implementaría un sistema de seguridad médica integral para toda la provincia, el Medicare (Brown y Taylor, 2012: 3).

El anuncio generó conflictos severos en Saskatchewan, pues dividió a la población en dos segmentos irreconciliables: por un lado, la mayoría que había votado en las elecciones por extender el sistema integral Medicare a la provincia y, por el otro, quienes acusaban que éste era un plan comunista para hacer obligatorio el aborto e imponer personal médico extranjero y mal capacitado en la atención a la ciudadanía. También se insistía en que la socialización de la medicina orillaría a los médicos más experimentados de la provincia a migrar con el fin de ejercer con libertad su profesión. Llegó a pensarse que el nivel de encono entre las partes podría provocar un conflicto civil fomentado por organizaciones de extrema derecha, con el apoyo de la mayoría del gremio médico local, que incluso amenazó con irse a huelga general si se ponía en marcha ese esquema de salud (Brown y Taylor, 2012: 7-10).

Aunque finalmente el Medicare se implantó en Saskatchewan en 1962 y el gobierno federal liberal lo adoptó y extendió una década después a todo el país, este prestigioso esquema, parecido al existente en países europeos desde fines de la segunda guerra mundial, no habría sido posible sin el empeño que Tommy Douglas invirtió para hacerlo realidad, lo que, dicho sea de paso, fue un logro que le tocaría observar ya no como premier de Saskatchewan, sino como líder nacional de una nueva agrupación de izquierda, el Partido Neodemócrata.

El surgimiento del Partido Neodemócrata y sus primeros liderazgos: Tommy Douglas (1961-1971) y David Lewis (1971-1975)

A finales de los cincuenta e inicios de los sesenta, era evidente que la CCF requería una reestructuración de fondo, pues si bien su versión provincial, la de Saskatchewan, había tenido un éxito rotundo y niveles de aprobación sobresalientes durante varias décadas, a nivel nacional iba perdiendo espacio de forma gradual; por ello el liderazgo de Hazen Argue se centró en concretar alianzas con otras organizaciones emergentes, como el Congreso Laboral Canadiense (Canadian Labour Congress, CLC), fundado en 1957, que aglutinaba a distintas organizaciones gremiales entre las que sobresalían las de la industria, el transporte y la minería.²⁷

²⁷ Con el paso del tiempo, el CLC se ha consolidado como la central sindical más importante del

Esta alianza entre la CCF y el CLC generó nuevas oportunidades para la izquierda, pues incrementó las posibilidades de representación en el Parlamento, al tiempo que sumó recursos humanos y económicos a la CCF, la que, tras dicho acuerdo, aparecía como brazo político de los trabajadores, mientras que el CLC se consolidaba como el brazo sindical y económico (Archer, 1990: 21). La diferencia de ésta con las alianzas similares previas, como la que logró en Nueva Escocia o Nuevo Brunswick en los años treinta, radica en que el CLC permitió a sus trabajadores afiliarse al partido político de su preferencia, evitando así la creación de cotos gremiales que sirvieran de botín electoral para futuras agrupaciones políticas, estrategia que otorgó libertad e independencia al CLC, pues incluso en la actualidad funciona de la misma manera y no exige adherencia partidista a sus agremiados.

Una vez consolidada la mencionada alianza, Hazen Argue convocó a una refundación dando vida de este modo al Partido Neodemócrata, que no estaría sujeto a los lineamientos de las organizaciones de trabajadores, como sucede en otras latitudes con los partidos laboristas, ya que la izquierda partidista canadiense surgió de la unión de agricultores, trabajadores urbanos y rurales, mujeres sufragistas y socialistas, lo que permitió que en Canadá la socialdemocracia y el laborismo unieran sus esfuerzos (Archer y Whitehorn, 1997: 48); incluso podría afirmarse que esto se dio de manera natural.

Una de las tareas esenciales hacia la conformación de este nuevo partido fue encontrar la vía para ganar representación en distritos urbanos de las provincias centrales de Ontario y Quebec, dominados por el Partido Liberal, pues, si bien era cierto que la CCF había consolidado su presencia en las praderas —en Manitoba y sobre todo en Saskatchewan—, así como en distritos de la Columbia Británica, era claro que el crecimiento se veía frenado una y otra vez en las provincias más pobladas e industrializadas del centro, por lo que su acuerdo con el CLC parecía ser parte de una solución en el corto plazo dada su influencia entre los movimientos laboristas canadienses.

Así, el nuevo partido fue resultado de una alianza entre bases socialdemócratas y laboristas que mantendrían equilibrio y contrapesos en las convenciones.

país, ya que en ella se reúnen cientos de organizaciones sindicales con presencia en todas las provincias y comunidades laborales. Asimismo, mantiene alianzas con organismos sindicales internacionales y, según su página principal, representa a más de 3 000 000 de trabajadores canadienses. En la actualidad, sus delegados y delegadas eligen a sus representantes por periodos de tres años para evitar liderazgos permanentes. Para mayor información, véase Congreso Laboral Canadiense (2021).

Lo anterior, quedó pactado, sucedería a través de elecciones internas en donde los votos no serían por gremio, sino por representación directa de los delegados presentes; de este modo, el partido no dependería solamente de la voluntad sindical, sino también de los otros sectores inmiscuidos y participantes de manera activa en la política partidista desde hacía décadas.

Entonces se convocó a redactar un nuevo documento normativo que se ajustara a la dinámica de la guerra fría; por ello, con la declaración de nacimiento del Partido Neodemócrata, durante la convención del 3 de agosto de 1961, se presentó un desplegado que excluyó el concepto de socialismo en cualquiera de sus acepciones por dos razones: por un lado, esta moderación ideológica buscó evitar aquella propaganda y persecución gubernamentales que desacreditaran el esfuerzo del nuevo organismo y, por el otro lado, pretendía acercarse a nuevos votantes en nichos electorales liberales.

Este documento fue conocido como la Declaración del Nuevo Partido (*New Party Declaration*) de 1961. Con sus 168 párrafos fue el texto más largo y detallado escrito para cualquier partido de izquierda en Canadá. Fue dividido en 4 secciones que abarcaban temas de seguridad, planificación, libertad y democracia, las cuales se subdividían en 31 apartados que definían la ruta a seguir para la izquierda partidista en el país, así como su filosofía y programas (Whitehorn, 1992: 52-53).

En esta primera asamblea celebrada en Ottawa, Ontario, también se eligió al primer líder, Tommy Douglas, vencedor en una sola ronda tras obtener 78.5 por ciento de los votos de los delegados, derrotando a su único contendiente, Hazen Argue, quien consiguió el 21.5 por ciento restante.²⁸ Esos resultados dieron muestra del empuje y prestigio de la figura de Douglas, no sólo entre la izquierda, sino en buena parte de la sociedad. Al mismo tiempo demostraron que la gestión de Argue había sido formalmente la de un líder de transición e interinato, frente al nacimiento del nuevo partido.

Es claro que la exitosa gestión de Douglas como premier de Saskatchewan y el empeño por sacar adelante su proyecto de socializar los servicios de salud le dieron el impulso suficiente para alzarse victorioso en cinco elecciones provinciales consecutivas de 1944 a 1961. La autoridad que le daban sus resultados previos colocaron al partido recién creado en buenas posibilidades de competir rumbo a las elecciones federales de 1962; sin embargo, el empuje y

²⁸ Todos los datos y porcentajes de los procesos de elección internos del NDP pueden consultarse en Parlamento de Canadá (2021c).

fuerza de los liderazgos conservador y liberal concentraron la atención en la arena política federal, sobre todo dado el crecimiento de la figura de Lester B. Pearson como líder liberal capaz de arrebatar la primera magistratura a un experimentado conservador como John Diefenbaker, quien para ese momento encabezaba un gobierno mayoritario.

En esas elecciones federales de junio de 1962, si bien el NDP logró recuperar asientos perdidos en comicios anteriores, sus números fueron discretos al alcanzar solamente diecinueve curules en la Cámara de los Comunes y el 13.57 por ciento de los votos. Columbia Británica se colocó como su base más fuerte al ganar diez de los veintidós asientos provinciales en disputa, pero en el resto de las provincias sus números fueron muy pobres; incluso en Saskatchewan el NDP sólo obtuvo un asiento en el Parlamento.²⁹

Estos malos resultados en sus primeras elecciones federales dejaron sin curul al propio Tommy Douglas, quien sufrió una derrota en el distrito por el que contendió en Ottawa, por ello debió participar, otra vez, en unas elecciones especiales que se celebraron el 22 de octubre del mismo año, una vez que el diputado neodemócrata por Burnaby, Columbia Británica, Erhart Regier, renunciara a su asiento para que Douglas pudiera competir por una curul segura y estar en posibilidades de encabezar a su partido en el Parlamento, en una práctica común en las dinámicas parlamentarias del mundo cuyo fin es que el líder de un partido pueda acceder a un asiento. Así, el halo de magia que muchos en el NDP pretendieron colocar alrededor de la figura de Tommy Douglas fue perdiendo brillo (Gidluck, 2012: 157) y este líder se enfrentó a la realidad de un partido en ciernes que, pese a lo prometedor que parecía al principio, lo cierto es que contaba con recursos limitados si se lo comparaba con las poderosísimas maquinarias de liberales y conservadores.

De esta manera, aunque Tommy Douglas encabezó un partido que jugaba a nivel federal como un contrapeso a las dos agrupaciones dominantes fundadoras del sistema político y electoral canadiense, pronto resultó evidente que su liderazgo no podría llevar más de dos docenas de diputados a la Cámara

²⁹ Es necesario señalar que las elecciones federales de 1962 se celebraron unos días antes de que se pusiera en marcha el Medicare en Saskatchewan, y para esos momentos la oposición ya había destinado considerables recursos económicos para desacreditar al NDP a nivel interno. De hecho, en esas elecciones federales los votantes de la provincia otorgaron el triunfo a los conservadores en dieciséis de los diecisiete escaños en disputa, mientras que a nivel provincial los liberales ganaron en las elecciones locales de 1964 y 1967, culminando con poco más de dos décadas de dominio de la CCF y su sucesor, el NDP.

de los Comunes, pues la lucha contra las bases liberales en Ottawa y Quebec era desigual, ya que, como se recordará, el CLC no podía obligar a sus agremiados a votar por ningún partido, y en esas provincias los trabajadores urbanos se encontraban en general bien atendidos en sus demandas por los liberales desde hacía más de un siglo.

Aunado a lo anterior, el desgaste de las políticas conservadoras del primer ministro John Diefenbaker y el ascenso de la figura del primer ministro liberal Lester B. Pearson (1963-1968), quien desde 1963 comenzó a impulsar una agenda social basada en buena medida en las demandas socialdemócratas de la CCF y el NDP, fueron factores que debilitaron el discurso neodemócrata, pues desde el poder, y con la capacidad de difusión que ello conlleva, el Partido Liberal se apropió de los proyectos de la izquierda, como ocurrió con el Medicare a nivel federal en 1966.

De hecho, el discurso de la izquierda promoviendo este beneficio social desde hacía décadas quedó eclipsado cuando la administración de Pearson afirmó públicamente que el gobierno de Canadá creía que todos sus ciudadanos deberían poder obtener servicios de salud de alta calidad, de acuerdo con sus necesidades, independientemente de su capacidad de pago: “Creemos que la única forma práctica y eficaz es a través de un esquema universal, prepagado y patrocinado por el gobierno” (Museo Canadiense de Historia, 2010).

Aunado a lo anterior, los planes de pensión puestos en marcha por el gobierno de Pearson, así como las reformas laborales, restaron fuerza al discurso ideológico del NDP, por lo que Douglas optó por sumarse a los debates para adoptar una nueva bandera sin los motivos británicos y promover el bilingüismo y el multiculturalismo como elementos identitarios del país (Gidluck, 2012: 158).

Precisamente en las elecciones federales de 1963, que dieron el triunfo al Partido Liberal y a su líder Lester B. Pearson, el NDP obtuvo diecisiete escaños, pero perdió su única curul en Saskatchewan. De nuevo Manitoba, Ontario y Columbia Británica se consolidaban como los eslabones más fuertes del partido, pero el 13.2 por ciento de votos nacionales no representaba avance alguno.

Entonces, Douglas decidió centrar su mirada en asuntos internacionales y de inmediato se caracterizó por ser un duro crítico de la guerra de Vietnam, buscando así fortalecer la tradicional imagen pacifista con la que el Partido Liberal no podía competir dados sus compromisos como órgano gobernante.

También a partir de esas elecciones Douglas señaló de forma reiterada la necesidad de detener la fuerte influencia estadounidense en la política interna de Canadá, así como de evitar la posesión de cualquier tipo de armamento nuclear por parte de las fuerzas armadas canadienses. Del mismo modo insistía en que Canadá debía incrementar su participación en operaciones al amparo de la ONU, y destinar el 2 por ciento del PIB a apoyar a naciones pobres (Archer y Whitehorn, 1997: 160).

En cuanto a la política interna, el NDP propuso brindar mayor protección a los recursos naturales canadienses para evitar lo que consideraba un saqueo por parte de compañías estadounidenses. Esta medida nacionalista también incluía el control estatal sobre la industria del petróleo, agenda que del mismo modo el gobierno liberal adoptó poco más de una década después con la creación de Petro-Canada (1975) durante el gobierno de Pierre Elliot Trudeau, y si bien fue posible gracias al apoyo del NDP en el Parlamento, la opinión pública la recuerda como una acción de Trudeau.³⁰

Si bien las propuestas de Douglas y el NDP tenían buena acogida entre electores progresistas, el modelo electoral canadiense continuaba siendo el principal obstáculo sistémico para el crecimiento del partido, pues las iniciativas conservadoras de recortes al gasto social, a través de la disminución impositiva, no tenían buena acogida entre las mayorías canadienses, pues ello sucedía en medio de un abierto impulso al modelo de Estado benefactor que llevaron adelante los gobiernos liberales en los años sesenta y setenta. Ante ello, la opción de miles de votantes de izquierda en decenas de distritos era mantenerse firmes votando liberal para evitar el triunfo conservador, aunque ello restara presencia al NDP.

Este escenario se replicó en las elecciones federales de 1965, pues si bien el NDP incrementó sus asientos a veintiuno, nuevamente los concentraron Columbia Británica (nueve), Manitoba (tres) y Ontario (nueve). Lo que sí debe considerarse es el avance respecto de las elecciones federales de dos años antes, pues el NDP alcanzó el 17.9 por ciento del total nacional de votos; es decir, creció el 4 por ciento, lo que representó cuatro asientos parlamentarios más.

³⁰ En 1991 comenzó a privatizarse Petro-Canada tras abrir a compañías privadas la adquisición de acciones, y para 2004 todas las que quedaban en manos del gobierno fueron vendidas a particulares, con lo que perdió totalmente su carácter nacional.

Este magro avance respondía a que el NDP no terminaba de asentarse en las más pobladas provincias centrales de Ontario y Quebec —que juntas concentraban ciento sesenta asientos en la Cámara de los Comunes— ni en las del Atlántico: Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, Terranova y la Isla del Príncipe Eduardo, que reunían treinta y tres curules. El obstáculo del NDP para crecer en tales regiones era que las sedes nacionales de liberales y conservadores se encontraban en Ontario, lo que fortalecía su influencia social y cultural desde hacía más de un siglo. Por otra parte, en Quebec, sus demandas de una sociedad distinta y los nacionalismos recurrentes eran elementos que hacían ver al NDP como una agrupación ajena a las tradicionales posturas quebequenses. En cuanto a las provincias atlánticas, éstas mantenían tradiciones políticas añejas, en relación con las cuales el Partido Liberal había logrado obtener regularmente la ventaja sobre los conservadores, y que dejaban fuera del juego a una organización emergente como el NDP, que si bien obtenía algunas decenas de miles de votos, no se comparaban con los cientos de miles que recibían liberales y conservadores en la región.

En 1968 se adelantaron las elecciones federales y en ellas el nuevo líder liberal, Pierre Elliot Trudeau, retuvo para su agrupación la primera magistratura del país. Su llegada significó un duro golpe para Tommy Douglas, pues Trudeau se reservó el derecho de adoptar una agenda abiertamente progresista y de apoyo a las clases medias. En realidad, el liberal buscó de diversas formas tomar distancia de Washington,³¹ lo que ciertamente había sido una meta de Douglas en su agenda partidista. De este modo, nuevamente el NDP fue afectado al perder, frente a la ciudadanía, la autoría de políticas posteriormente puestas en marcha por los gobiernos liberales, lo que minaba su potencial mediático.

En ese mismo año fueron numerosas las voces que afirmaban que el veterano Tommy Douglas debía hacerse a un lado y permitir la llegada de nuevos liderazgos al partido, sobre todo considerando que perdió su asiento en esas elecciones, lo que ponía en duda su capacidad de convencer incluso a sus propios votantes. Tal situación fue entendida por Douglas, pero se negaba a aceptar el ascenso de su principal opositor dentro del NDP, David Lewis, quien

³¹ En enero de 1976, Trudeau realizó una gira de trabajo en Cuba, en un ejercicio con miras a reafirmar su independencia y capacidad de acción frente a Estados Unidos, convirtiéndose con ello en el primer mandatario de la OTAN en visitar la isla.

era prácticamente de su misma generación;³² es decir, se conocían bien, pero el primero prefería dejar el liderazgo en manos de gente joven, con visión de futuro e ideas frescas, y no en las de un personaje apenas cinco años menor y al que consideraba un autócrata (Gidluck, 2012: 158-159).

Con la intención de renunciar en el corto plazo al liderazgo del partido, Douglas volvió a contender en una elección especial por el distrito de Nainimo, en Columbia Británica, lo que le permitió continuar a la cabeza del NDP en el Parlamento hasta la convención nacional neodemócrata de 1971, con la clara intención de heredar el cargo a un miembro de la militancia joven. El problema se gestó al revelarse que el grupo de jóvenes con más impulso era el denominado *The Waffle* (conocido también como *Movement for an Independent Socialist Canada*), integrado por activistas de izquierda radicales y que tomó fuerza a fines de los sesenta y principios de los setenta.³³

Dicha ala, encabezada por profesores universitarios miembros del NDP, veía al partido como una gran maquinaria burocrática centrada en ganar escaños parlamentarios, sacrificando así los valores e ideología de la izquierda. Afirmaba que era el momento de trascender el Estado de bienestar y avanzar hacia el socialismo orientando los medios de producción en favor de la clase trabajadora. Esta visión contrastaba con la imagen moderada que con muchos esfuerzos había logrado construirse el NDP para allegarse nuevos votantes. Entonces *The Waffle* adoptó una posición nacionalista y buscó aliarse con el nacionalismo quebequense, que a finales de 1970 había radicalizado sus ideas llevando a la provincia a una crisis sin precedentes, después de que un grupo de células del Frente de Liberación de Quebec (*Front de Libération du Québec*, FLQ) realizara una serie de actos terroristas que culminaron con el secuestro y asesinato del vice premier de Quebec y ministro del Trabajo, Pierre Laporte, y con el secuestro del agregado comercial británico, James Cross, entre otros sucesos. Esta situación culminó con la declaratoria de ley marcial en la provincia y con la entrada de las fuerzas armadas

³² En ese momento Tommy Douglas contaba con sesenta y cuatro años y David Lewis, con cincuenta y nueve.

³³ Respecto del término *The Waffle* para identificar a dicho grupo, diversos autores canadienses como Lynn Gidluck y Desmond Morton, entre otros, atribuyen su invención a Ed Broadbent, quien fuera líder del NDP en los años setenta y ochenta, después de que señaló que tal grupo de jóvenes era como un trozo de *waffle* que, una vez cubierto de miel, bien podría gotear a la izquierda o a la derecha, aunque él pensaba que más bien gotearía a la izquierda, en franca alusión al extremismo de sus postulados, pues es bien sabido que los extremos suelen tocarse.

federales para buscar y detener a los responsables, lo que se concretó pocas semanas después.³⁴

Esa postura de *The Waffle* fue duramente criticada por los demás sectores del NDP y se los consideró nocivos para los intereses del partido. Se afirmaba que su presencia amenazaba la convivencia ideológica de la izquierda organizada, que se encontraban bastante dispuestos a eliminar a quienes no pensarán como ellos, que cientos o quizá miles prefirieron abandonar las filas del partido para no tener relación con estos grupos radicales, afectando de esa manera las finanzas del NDP (McLeod, 1994: 11). Ante ello, los allegados a David Lewis confrontaban a *The Waffle* sosteniendo que no eran más que un grupo de chicos malcriados fuera de control, que querían fastidiar a papá y destruir la casa (Gidluck, 2012: 160).

De este modo, se señalaba que *The Waffle* había caído en la intolerancia y el dogmatismo que tanto había dañado a la CCF en los años cuarenta, y que ello no debía permitirse en el NDP. Con este complejo escenario interno, se realizó la convención neodemócrata en Ottawa, en abril de 1971, teniendo, por un lado, a un líder desgastado como Tommy Douglas, quien ya había anunciado su retiro al término de dicha convención, a un David Lewis, miembro de la vieja guardia que se erigía como el único capaz de detener a *The Waffle* y a su líder, James Laxer, quien pese a las críticas mantenía una importante base con posibilidades de competir fuertemente en las elecciones internas. Y así fue, pues su empuje llevó a la convención a celebrar cuatro rondas de votación hasta que hubiera un líder con el 50 por ciento más uno de los sufragios.

De esa forma, Lewis y Laxer se mantuvieron como el número uno y dos en cada vuelta, hasta que quedaron únicamente ellos, obteniendo la victoria David Lewis con el 63 por ciento de los votos, aunque sólo después de que los delegados de los demás candidatos fueron votando a su favor una vez que su preferido era eliminado. Debe señalarse que los sistemas de votación por delegados de los partidos políticos federales en Canadá, como ocurre con liberales, conservadores y neodemócratas, suelen determinar sus liderazgos a través del voto directo de representantes, que llegan a las convenciones con la encomienda de apoyar a cierto candidato. Si este último es eliminado en alguna ronda, entonces deberá votar en apego a su conciencia por el que

³⁴ Para una mayor información sobre este episodio en Quebec, véase Santín (2014).

considera el o la mejor candidato/a para encabezar a su partido, sin necesidad de consultar a sus bases.

Resulta interesante saber que, pese a haber sobrevivido las cuatro rondas, James Laxer y The Waffle contaron con el voto duro de sus bases, pero éste no sobrepasó en ninguna ronda el 37 por ciento del sufragio de los delegados. Lo anterior quedó de manifiesto una vez que David Lewis pasó de 661 votos en la primera ronda (el 40 por ciento) a 1046 en la cuarta, superando ampliamente el 50 por ciento necesario; ello, mientras James Laxer y The Waffle obtuvieron 378 votos en la primera ronda y sólo 612 en la cuarta. Tales números dejaron claro que la militancia rechazaba la opción radical, lo que fue más evidente una vez que The Waffle fue excluido de las decisiones del partido, obligando a sus adherentes a crear una agrupación que no sobrevivió más allá de la mitad de la década de los setenta.

Así, pese a no contar con el apoyo del fundador del NDP, Tommy Douglas, las circunstancias colocaron a David Lewis como el líder idóneo para poner fin a esta crisis ideológica dentro del partido con su ala radical. Desde el principio Lewis se concentró en desarticular a The Waffle de manera gradual, hasta que esta corriente dejó de existir formalmente en el partido y de representar una amenaza.

Al año siguiente de su elección como líder, y con el prestigio ganado por lo antes mencionado, Lewis enfrentó su primera elección federal en octubre de 1972. Logró que el partido pudiera adquirir un avión para su campaña, igualando con ello algunas capacidades logísticas y de transporte de los liberales y conservadores. Estos comicios resultaron muy positivos para el NDP, pues alcanzó una cifra récord con treinta y un asientos parlamentarios. Lo más trascendente es que los neodemócratas vencedores habían superado a sus contrincantes liberales pese a la buena gestión de Pierre Elliot Trudeau, quien además no logró un gobierno de mayoría, lo que colocó al NDP como un partido fundamental para que Trudeau pudiera llevar adelante su programa, pues requería de su apoyo para aprobar propuestas parlamentarias.

De esta forma, David Lewis logró incluir parte de la agenda neodemócrata en las acciones de gobierno de Trudeau, e incluso lo hizo dependiente de los votos del NDP, pues los ciento nueve asientos liberales en la Cámara de los Comunes requerían forzosamente de al menos veinticuatro votos neodemócratas para que se aprobaran propuestas legislativas del primer ministro y así alcanzar el 50 por ciento más uno. Consciente de su posición como

cabeza de un partido bisagra, Lewis condicionó el apoyo del NDP a que Trudeau incluyera parte de la agenda neodemócrata en ciertas políticas gubernamentales, como el incremento a las pensiones, el ajuste a los precios al consumidor, la nacionalización de la industria petrolera, la revisión de las condiciones de la inversión extranjera, las reformas financieras a los partidos políticos federales y la eventual nacionalización de una buena parte del sector aeroespacial, en ese momento en manos de la iniciativa privada (Gidluck, 2012: 165).

Debe señalarse que estas propuestas neodemócratas encontraron en Trudeau a un firme impulsor, pues cabe recordar que se autodefinía como marxista, sobre todo para marcar distancia de Washington y reafirmar la autonomía canadiense frente a su vecino en una época en la que la principal potencia occidental exigía adherencia plena a sus postulados a nivel internacional.

Ahora, si bien el esfuerzo de David Lewis por proveer mejores condiciones a la ciudadanía debe ser reconocido, lo cierto es que las medidas implementadas por Pierre Elliot Trudeau a nivel nacional terminaron siendo registradas como parte de una agenda nacionalista liberal y no como un impulso neodemócrata; como un logro del primer ministro, quien alcanzó una enorme popularidad por su cercanía con la gente y con las causas sociales. Lo anterior no quiere decir que el esfuerzo de Trudeau no fuera auténtico, sino que supo aprovechar la coyuntura de un NDP empoderado como partido bisagra.

La propia ideología de Trudeau, que ciertamente era un político nacionalista e internacionalista —que hablaba varios idiomas en sus giras de trabajo—, quizá lo marca incluso hoy en día como el primer ministro más progresista de Canadá, situación que en los años setenta no fue una buena noticia para el NDP, sobre todo cuando el entusiasmo por dicho gobierno fue conocido en Canadá como la “trudeaumanía”. Esto quedó en evidencia una vez que se adelantaron las elecciones federales, en julio de 1974, en las que Trudeau y su partido obtuvieron una victoria contundente tras conformar un gobierno mayoritario, en buena medida gracias a su anterior gestión, de seis años, orientada principalmente a generar mayores beneficios sociales. En general, este político se caracterizó por pronunciar discursos con una fuerte carga emocional, de corte nacionalista, en los que se presentó como alguien independiente de las potencias externas, por lo que las primeras “víctimas colaterales” de sus efectos fueron los neodemócratas, que perdieron quince asientos respecto de las elecciones federales anteriores, incluido el de Lewis,

quien sufrió una derrota frente a la candidata liberal Ursula Apolloni, en el distrito de York Sur, Ontario.

Estas elecciones resultaron particularmente dolorosas para la izquierda canadiense, ya que de 1972 a 1974 el NDP garantizó la seguridad social y metas económicas en beneficio de las mayorías, gracias a la presión de su bancada al gobierno liberal de Trudeau (Smith, 2013: 80). Ese periodo de los setenta es muy interesante porque expresa de forma clara la manera en que el sistema político-electoral opera en contra de partidos emergentes como el NDP, pues en realidad poco significaba en la arena electoral trabajar legislativamente en favor de una política social si el gobierno liberal en turno mantenía una agenda coincidente y la hacía pública.

Sin lugar a dudas, el legado de Lewis ha sido fundamental para la izquierda canadiense, no sólo por haber sido el último líder del NDP que formó parte de la CCF, sino porque marcó una hoja de ruta para las nuevas generaciones de dirigentes de izquierda en ese país. Asimismo, su pensamiento, difundido a través de sus escritos, ha tenido repercusiones en los movimientos intelectuales progresistas contemporáneos, y muestra de ello es el caso de su nieta Naomi Klein, escritora, documentalista, periodista y defensora ambiental que ha alcanzado fama mundial por sus críticas certeras y precisas al capitalismo, la globalización, la contaminación y la desigualdad.